

Carlos Luaces Y Jimenez-Alfaro

DOS  
HERMANITOS  
QUE NO IBAN  
A NACER

Liber  
Factory

*Muestra*

Carlos Luaces Y Jimenez-Alfaro

# DOS HERMANITOS QUE NO IBAN A NACER

Liber  
F  
actory

© Obra: Dos hermanitos que no iban a nacer

Primera edición: Marzo, 2021

© Autor: Carlos Luaces Y Jimenez-Alfaro

ISBN: 978-84-18624-55-1

Depósito Legal: M-10137-2021

Maquetación: Pablo Casado Fernández

Diseño de cubierta: Pablo Casado Fernández

© Editado por LIBER FACTORY [www.liberfactory.com](http://www.liberfactory.com)

Gestión, promoción y distribución: Grupo Editor Vision Net S.L.

C./ San Ildefonso 17, local, 28012 Madrid. España.

Tlf: 0034 91 3117696 // Email: [pedidos@visionnet.es](mailto:pedidos@visionnet.es)

[www.visionnet-libros.com](http://www.visionnet-libros.com)

Disponible en librerías físicas y en línea.

*Las opiniones expresadas en este trabajo son exclusivas del autor. No reflejan necesariamente las opiniones del editor, que queda eximido de cualquier responsabilidad derivada de las mismas.*

Este libro no podrá ser reproducido, ni parcial ni totalmente, sin el previo permiso por escrito de los titulares del *copyright*. Todos los derechos reservados. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.es](http://www.cedro.es) o por teléfono 917021970) si necesita fotocopiar, escanear o utilizar algún fragmento de esta obra. Gracias por comprar una edición autorizada de esta obra y por respetar las leyes del *copyright*.

La unión entre ellos dos se había perpetrado y desde ese momento se vieron todos los días, al salir el último de ellos de la clase. Los fines de semana se iban de excursión y Fritz lograba lo que nadie había conseguido hasta entonces, el hecho de que Astrid madrugara.

Ya sabían mucho el uno del otro y aceptaban ambos los defectos y cosas que anteriormente pudieran parecer mal.

La influencia de uno, hizo cambiar hábitos y comportamientos al otro y viceversa.

Fritz había dejado de ir a misa dominical, no por dejar de creer en su Creador, mas bien porque dedica la plenitud de su tiempo a su único amor.

Por su parte Astrid había mejorado en su comportamiento hacia las demás chicas y su egoísmo era menos visible.

El día que se cumplió el aniversario de un mes, Fritz quiso impresionar a Astrid y fueron a cenar al mesón más caro de la ciudad.

Había vendido bien el queso y tenía dinero suficiente para pegarse algún capricho.

Al salir de cenar, la novia le llevó a un bar un tanto especial.

Se trataba para Fritz de algo nuevo, de lo que solamente había oído hablar.

Para él era algo que sabía que existía, pero no que fuera posible alcanzarlo de forma tan fácilmente asequible.

Para Astrid se había convertido en algo relativamente habitual, desde que llegó a Colonia.

En ese bar, aparte de servir bebidas de todo tipo, también vendían diferente tipo de droga que los jóvenes consumían, principalmente para poder romper la timidez de su juventud y de esa forma, ser más sociable con el resto de los presentes.

Apenas en la primera copa, la muchacha pegó varias caladas del porro que un colega le había pasado. A pesar de la insistencia de Astrid, el muchacho se negó en rotundo, en participar de esa orgía del Cannabis.

Sin prejuicio ninguno, por parte del muchacho, pero habría que reconocer que le defraudó la actitud de su emparejada.

La atracción física ejercida entre ambos, no permitía ver las conductas erróneas que algunas veces cometían.

De cualquier forma, cada día sabían más uno del otro y las debilidades que tenían y eso también les unía y les reforzaba su amor.

Con el pasar del resto del curso universitario se fueron sucediendo estos alternes de bares y locales nocturnos.

Astrid había reducido drásticamente la relación con sus amigas, pues el tiempo era absorbido en su totalidad por el noviazgo. Incluso las clases no resultaban fructíferas y su dedicación era plenamente a salir con Fritz y alternar en los bares donde no en pocas ocasiones se excedía en el beber o en la ingestión de cada vez más y diferentes tipos de droga.

En el caso de Fritz, la relación con sus amigos y especialmente los tres chicos, que había conocido de su vuelta de Navidad, resultaba ser normal y se había desarrollado bastante bien. Habría que tener en cuenta que Astrid vivía sola y Fritz, irremediablemente debería compartir su tiempo, su rato antes de acostarse, al despertarse y sus turnos de comidas en la residencia, con sus compañeros y amigos. De tal forma que la amistad se había afianzado y podría decirse que confiaban plenamente entre ellos. Tanto era así, que estaban al tanto de su relación con Astrid, la conocían incluso y no había nadie que no opinara de la suerte que era pillar a una chica así, rica, guapa y enamorada.

A pesar de ello, los chicos eran de campo y su forma de pensar era mucho más sana que los que ya vivían en las grandes ciudades. Con ligeros consejos y sutilmente intentaban aconsejar a Fritz para que su chica dejara de consumir esas porquerías. Sin fricción, pero sí incómodo, cuando salía el asunto, el muchacho solía escabullirse de forma improvisada e imaginativa.

El curso universitario estaba cerca de terminarse y se preparaban los festejos apropiados. La inminente proximidad del verano, se dejaba notar en los días cálidos y largos, que invitaban a salir a los enamorados a los parques y bosques cercanos.

Una pareja que acudía a esos bosques eran nuestros conocidos muchachos. Como es normal en esa zona alemana, la lluvia en esa época del año viene de forma repentina y al que se encuentra desapercibido en medio del bosque le puede empujar hasta el tuétano.

Así les sucedió a nuestra pareja.

La casa de Astrid no estaba muy distante de ahí y decidieron de forma inocente el ir a protegerse de esa copiosa lluvia.

Corriendo entre charcos y calándose aún más, llegaron totalmente empapados y entraron en el hogar de Astrid.

Era la primera vez que se encontraban en esa casa los dos, es más, la primera vez que se encontraban ellos dos solos en un recinto cerrado.

Astrid tenía una secadora automática, algo que sorprendió enormemente a Fritz, pues ni tan siquiera había oído hablar de ello.

Ella se retiró a su dormitorio para cambiarse de ropa y cuando volvió con su empapada ropa para introducirla en la secadora, se quedó paralizada al ver a Fritz que se había quitado la ligera chaqueta y después la camisa. Para Fritz no era algo atípico. Estaba acostumbrado a andar sin camisa en su pueblo, cuando ejecutaba las labores de la granja familiar. La chica en cambio, no estaba acostumbrada a ver pectorales masculinos y mucho menos de esas proporciones. Mientras disimuladamente miraba y volvía a mirar los atrayentes músculos del mozalbete montañés, tomó la chaqueta y la camisa, para unirlos a su ropa y llevarlos al lavadero, antes de que se hiciera un charco en el suelo de madera del cuarto de estar.

Regresando en apenas un plis plas, para así seguir deleitándose visualmente del cuerpo del chico al que tanto amaba. Ahora era el pantalón y las prendas íntimas las que deberían

quitarse y meterlas en la secadora. Astrid no tenía ropa masculina para dejarle a Fritz y este sentía mucha vergüenza de ponerse ropa de chica y encima tampoco le servía por su tamaño.

Así que fue, cuando el muchacho empezó a tiritar por el frío del empapado pantalón, que propusieron que se lo quitaría, pero ella no miraría mientras permaneciese desnudo.

La tentación no fue la que descubrió a Fritz tal y como era carnalmente hablando, sino la distracción y costumbre a andar por su casa sin taparse los ojos.

Al regresar del lavadero y esta vez, tardó un poco más, ya que tuvo que ponerla en marcha, se había olvidado del detalle de que su novio estaba desnudo íntegramente. La chica entró de forma natural y ofreció un batido de leche y banana al muchacho. Cuando quisieron ambos darse cuenta lo visto, visto estaba.

Sorprendidos y sin saber que hacer los inocentes jóvenes, empezaron a reírse y mientras Fritz se acercaba más a ella, desapareció totalmente el pudor y Astrid se desnudaba, mientras su compañero sentimental le ayudaba. La chica, esta vez tomó la iniciativa y le agarró de la mano izquierda, para llevarle a la habitación.

La pasión se apoderó de los dos y mientras se oía de fondo el ruido de la secadora, sus bellos cuerpos desnudos se rozaban y abrazaban. Sus bocas no paraban de besarse y las caricias en la espalda de cada uno de ellos aceleraba más, si cabe, el alto libido de ambos.

Después de dos horas y el tiempo transcurrido lo supieron, porque fue cuando la máquina que ya había secado la ropa, había estado programada dos horas y el ruido dejó de oírse en ese preciso momento.

Se levantaron y desnudos fueron a la cocina a saciar el apetito.

Después volvieron a la habitación, dejando la ropa supuestamente seca dentro de aquél armatoste. Para continuar en la cama haciendo amor y sexo hasta el amanecer.

El sol penetraba por la ventana orientada al este y Fritz, acostumbrado a madrugar se dejó llevar por la perezosa Astrid.

Ninguno quería levantarse esa mañana y jugaban con la sensualidad que representaba el roce y el acercamiento de la suave piel de ambos, que había envuelto a esos dos adolescentes en una sola figura que se dejaba notar debajo de las sábanas de filo hilo de lino. De vez en cuando, algún ojo que se abría para asegurarse que su amado seguía en el mismo lecho y en alguna ocasión coincidiendo con el ojo del compañero de cama que también lo había abierto. Este abrir y cerrar de ojos que impedía conciliar el sueño, se intercalaba con amagos de beso y cuando ella era, la que se acercaba para besar a Fritz, era él quien se apartaba hacia atrás para jugar y dar más ganas de que sus carnes se pegaran de nuevo.

Haciendo la operación inversa de él a Astrid y así sucesivamente hasta primera hora de la tarde. Se levantaron, comieron algunas cosas que había en la frigorífica y fueron juntos a la ducha. Antes de irse y regresar Fritz a la residencia, se acopiaron nuevamente y se ensamblaron los dos cuerpos en uno solo. Una fecha que ninguno de los dos olvidarían jamás, pues usaron las hojas del calendario del sábado 23 de junio para secar la madera del suelo que habían mojado el día anterior.

Contento, pero cansado, el muchacho se dirige en una bicicleta que le había regalado Astrid a la residencia.

Allí iba a encontrarse que la totalidad de los estudiantes se habían ido a sus lugares de origen, después de las fiestas universitarias del día anterior. Unos habían regresado en los vehículos de los familiares, que habían ido a festejar también esas celebraciones y aprovechando el fin de semana y las inminentes vacaciones estivales.

Cierta tristeza le envolvió, pues quería haberse despedido de alguno, principalmente de esos tres muchachos con los que la amistad nació, esos dos días de antelación de la llegada de las vacaciones navideñas.

Cuando se disponía a hacer las maletas y poco tiempo necesitaría para ello, pues simplemente valdría metiéndolo todo en su petate y aún le sobraría espacio.

De pronto tiene la corazonada de ir al cuarto de esta terna de amigos y allí encuentra a los tres.

Entre gestos de alegría y sorpresa, le increpan a Fritz que no hubiera dicho nada de su ausencia.

Ellos habían estado preocupadísimos por ver, que la noche anterior no había regresado a su cuarto.

Deberían haberse ido en el tren que se iba esa mañana a las once, pero por unanimidad quisieron esperar para comprobar el estado de su gran amigo.

Con mucha alegría de haberse vuelto a reencontrar, concertaron una excursión a la montaña de la cercana Hamburgo.

De esta forma podrán disfrutar juntos y conocer in situ, los lugares que tantas veces su amigo Fritz les había contado. A Fritz le pareció una magnífica idea, pues esperar hasta el curso que viene sin verles y divertirse juntos, le parecía mucho tiempo. Quedaron en llamar a la granja de los Storm y así mejor coordinar.

Durante dos horas les estuvo contando de su noviazgo con Astrid y de haber dormido con ella. Había quedado en ir a Hannover a conocer a su familia y que no se preocuparan, que el tiempo para esa excursión estaba asegurado.

Al día siguiente, fueron los cuatro a la estación.

Esta vez era Fritz el que se quedaba y despedía a sus tres entrañables amigos.

El tren partió a las once del apeadero norte y se despedían desde una de las ventanas del vagón de cola.

Allí estaba este muchacho en la ciudad que tanto le había cambiado.

Se fue caminando despacito y pensativo de tantas cosas que habían sucedido desde que dejó su granja vacuna.

Los pájaros le acompañaban con su canto y se oían las campanadas de fondo de la catedral a la que nunca más regresó a oír la misa dominical.

Esa a la que solía participar y era fiel seguidor y hasta cofrade en alguna ocasión, antes de conocer a Astrid.

Aunque la eliminación de los niños que han nacido, pero aún están bajo la custodia del protector vientre materno, era legal y gratuita para las madres que decidieran deshacerse de sus hijos y estos se podían realizar en los hospitales públicos, el padre de Astrid había buscado uno privado y fuera de su entorno.

Pretendía ocultación y que ningún medio local sacara esta noticia.

Resultaba un tanto contradictorio, que por una parte alguien que defendía abiertamente los hospitales públicos, llevara a su hija a un hospital privado, para acabar con la vida de su nieto.

Por otra parte, también resultaba contradictorio que un defensor del aborto libre y pagado por los impuestos e imposiciones a la totalidad de la población que aporta al gobierno, escondiera ese acto que él veía y defendía tan defensor de los derechos femeninos.

Por otra parte el era padre y como tal ejercía su dominación sobre su hija para forzarla a hacer un acto del que pueda quedar arrepentida toda la vida.

Sin embargo, acallaba y apartaba al padre de esa criatura que pretendía eliminar.

De hecho, la ley apoyaba al padre de Astrid, porque en Alemania la ley del aborto, excluye a decidir al padre biológico del niño y basta con la decisión materna.

De forma que Fritz que era el padre de ese niño que quería permitirle seguir viviendo, le era prohibido.

Mientras otro padre, en este caso de la que lleva el niño en su vientre, estaba engrasando los cables de la guillotina.

Para Fritz, al igual que toda su familia montañesa, que habían entendido toda su vida que la ley iba acorde con la moral, se encontraban con tener que batallar contra los que quieren ejecutar un asesinato y lograr entender lo incomprensible del choque entre ley y moral.

En pocas palabras, la ley era inmoral.

El lisonjero padre de Astrid había comprado el coche para su hija y había ordenado que lo llevaran al palacete y lo dejaran enfrente de la ventana de la muchacha.

Poco tardó en verlo y lo que supuso una alegría, que provocó el que bajara rápidamente de su dormitorio y fuera a verlo.

Después entró en el despacho de su padre y con aparente alegría le dio las gracias y le pidió las llaves para verlo por dentro.

La satisfacción repentina, se esfumó como un pedacito de hielo en una mañana estival en medio de la arena del Sáhara Occidental, en cuanto al ponerse al volante y mover el botón que acercaba el asiento hacia los pedales, se percató del avance de su barriga.

Era visible y el motivo, a vista de ella, de privarse de las caricias a las que le había acostumbrado a dar Fritz.

Con semblante más serio, volvió a su habitación, donde de vez en cuando miraba por la ventana y veía ese coche de color verde manzana.

Era ese coche, precisamente el que le daba la idea de irse con Fritz en la Navidad cercana.

Sin saber dónde irse, pero si sabiendo de dónde huían.

Sin saber que encontrar en ese viaje, pero sabiendo que en ese nuevo coche cabrían ella y su amado y sería ese vehículo el que les llevara, no importa a qué lugar, sino juntos dejar los pesares, que desde que nació alguna vida más en su vientre, le había impedido conseguir la paz que antes parecían tener.

Sin ser consciente, que en ese plan que debería sutilmente desarrollar, iría alguien más en el coche, alguien que no veía, pero sentía.

No serían solamente Astrid y Fritz, los prometidos a los que el destino no parecía completar el cacareado casamiento, también irían dentro de ese coche alguien mas, a través de otro vehículo humano, que era precisamente la que quería destruirlo.

Aprovechando la complicidad del afable conductor, que había cogido aprecio al muchacho montañés, Astrid salía más a menudo a la ciudad.

Con la excusa de participar en las reuniones juveniles del partido socialdemócrata y con la confianza que tenían los padres de Astrid con el veterano conductor, no ponían reparo a estas salidas.

Estos encuentros, a veces largos, eran un oxígeno al ánimo de ambos.

También sirvió para planear un viaje en el coche nuevo de su amada.

Astrid había puesto como condición el que no le hablara del aborto, interrupción del embarazo o derecho de la madre a decidir.

Fritz le interrumpió para decirle que él lo llama asesinato o interrupción de la vida y que por ser padre, tiene algo que decir.

Astrid, le cortó bruscamente y le dijo que ella estudia política y sabe de eso. La madre es la única que puede decidir si ejecuta ese acto o no.

El padre no tiene derecho legal para opinar y mucho menos para decidir. La ley es la ley, concluyó.

Si realizaban el viaje, la condición era no hablar de ese asunto, así se lo planteó la cansada muchacha.

Empezó a llorar fuertemente y con frases desoladoras, mientras Fritz la abrazaba y consolaba, decía que la insistencia y comentarios para deshacerse de eso, señalando al hijo de ambos, en su casa y fuera era desesperante y que quería irse para estar a solas con él y olvidar tanta insoportable presión.

Queriendo aligerar la carga ambiental, le preguntó que dónde tenía pensado ir.

Sin rumbo cierto, fue la respuesta.

Deseo irme con el amor de mi vida fuera de aquí.

Lo que si habían concretado fue la fecha y la hora.

Esperarían a que su padre se fuera a ese viaje programado tanto tiempo antes y dejaría una nota a su madre para decirle

que se iba a casa del lago de una amiga conocida por la familia y que había estado avisada, por si se les ocurría llamar.

Sorprendido Fritz de tantos detalles de la programación de ese viaje por parte de Astrid, le espetó un beso en la mejilla derecha.

Así pues, una vez mas se despidieron y entró en la estación de trenes, que ya conocía casi como la montaña empinada de Hamburgo.

Fritz no lo tenía fácil, pues ya había gastado casi la totalidad de sus ahorros del trabajo del verano pasado y los pocos quesos que se trajo para vender.

Tener que ir de Colonia a Hannover y dormir en un albergue, para así poder ver a su todavía amada, durante el día de llegada y el día de partida, estaba suponiendo un costo económico y también físico.

Sus tres amigos de la residencia le ayudaban como podían, pero eran conscientes de que ese muchacho estaba abandonando los estudios y su salud.

Sin insistir, le daban consejos que el muchacho aceptaba con gran atención, además de cubrirle en sus faltas a las clases y en la propia residencia.

Dormía poco y no solamente por sus continuas vueltas de cabeza a impedir salvar a su hijo sino también porque sus viajes a Hannover le precisaban tiempo que no tenía.

El nacimiento de una criatura supone o debería suponer, un motivo de enorme alegría para sus padres, para los familiares de su padres y para todo aquel que es agraciado con bendita noticia.

Sin embargo, en este caso, en la que se considera un estorbo, algo inesperado e indeseado, supone un repentino cambio en el sentido inverso.

El cambio debería ser a bien, con un miembro o dos o los que sean, que aumenta el grupo de los seres queridos.

Tomarse como la natural venida de un ser humano a este planeta.

Exactamente de igual forma como hemos venido nosotros y todos los que nos han precedido.

Así pues, revertir el milagro de la vida no puede traer mas que destrucción y pesares.

En la centenaria Colonia se ultimaban las vacaciones de Navidad. En este año Fritz entraría entre el grupo de los primeros que dejaran ese centro.

Las celebraciones con los compañeros y principalmente con sus tres entrañables amigos, estaban dentro de los planes del muchacho.

El cuál no había dejado, por muy atareado que estuviera, descuidado esas relaciones.

Si faltaría, en cambio a la que se produciría el último día de clase, con toda la universidad en pleno de fiesta.

Esa tarde, salieron los cuatro a dar una vuelta por la zona gótica de Colonia. Tomando alguna cerveza y echando algunas necesarias carcajadas.

A pesar de la juventud de todos ellos, contaban anécdotas de momentos anteriores de sus tempranas vidas. Especialmente repetían varias del inolvidable viaje de verano en el pueblo montaños de Fritz.

Era en ese momento, que le frotaban la coronilla de la cabeza e intentaban subirse en sus hombros.

Sin trasnochar demasiado, regresaron a la residencia entre risas y levantados ánimos.

No habían hecho gran fiesta, pero todos ellos necesitaban haber salido y divertirse, aunque solamente fuera un rato.

Sin venir a cuento, uno a uno fue abrazando a Fritz.

El muchacho lo aceptaba de buen grado y dejó caer unas lágrimas por su todavía robusto cuerpo.

Uno de los tres, le soltaba algún comentario jocoso, pero eso no fue suficiente para evitar que los cuatro terminaran llorando.

El motivo de ese emocionante momento entre chavales bien curtidos y que su afán es presumir de machotes, ninguno de los cuatro lo supo nunca.

Aunque cierto era, que los cuatro sintieron dentro de ellos, como si sería la última vez que se verían.

A la mañana siguiente, Fritz cogió su petate, con las cosas que consideraba precisas para ir a la casa familiar, pues no quería hacer el planeado viaje con Astrid sin saludar a sus padres antes de Navidad.

Se asomó a la habitación compartida de la terna de amigos. Ellos dormían a pierna suelta y no quiso incomodar sus aparentes plácidos sueños.

Los miró nuevamente, uno a uno y con una sonrisa, giró y se marchó.

En la casa de la familia Storm le esperaban impacientemente.

Su madre había preparado unos pasteles y merengues, que eran los preferidos de su hijo. Aunque no se convirtieron en una sorpresa, debido al exquisito aroma que desprendían y que desde el camino el muchacho ya olió.

Con cambios en la granja y un montón de cosas que contar, las charlas continuaban.

Si los padres habían cambiado, no resultaban menos visibles los cambios del muchacho.

De vez en cuando, el padre echaba un tronco de leña de cedro en la chimenea, donde Fritz había puesto las plantas aromáticas el verano pasado, esas que dieron origen al queso que tanto éxito estaba teniendo.

Sería otro tronco con visible oquedad, cuando el fuego ha quedado en ascuas, que indicaría que mañana sería el momento para continuar con los amenos coloquios familiares.

La granja había tenido grandes cambios.

La falta de hijos en la misma y la edad del granjero, que crecía al tiempo que aumentaba también la ganadería, había hecho que sus padres contrataran a un muchacho, hijo de un vecino.

Ya tenían cinco clases de queso diferentes y habían puesto una especie de venta directa muy modernizada.

La decisión de hacerles una visita, antes de irse al viaje con Astrid, estaba resultando una magnífica idea.

El trato era como si no volvieran a verse.

Continuos gestos de cariño y detalles por todas partes que dejarían indelebles a los que no se irían.

Con cierta timidez, se hacían indirectas para que Fritz empezara a hablar de su boda y de poder salvar la vida a su nieto.

Fritz había tenido el bálsamo suficiente y se sentía plenamente respaldado, para poder hablar sin tapujos.

La boda no se celebrará y el intento por salvar al pequeño está siendo infructuoso.

En el viaje que tiene previsto hacer Astrid y él, pretende con sutilezas hacerla ver la belleza de la vida.

Sin presiones ni impeler, tan sólo que vea los dos lados, el de la vida y el de la muerte.

No se rendirá, por mas que la ley le aparte del debate y por mas que nada pueda hacer si ellos con toda la fuerza terrenal a ese asesinato quieren llegar.

El silencio por parte de sus padres, era suficiente para comprender que están de su parte y que ciertamente nada se puede hacer si la obstinación es impenetrable, pero el intento no debe faltar y a eso se refería Fritz con no rendirse a defender la vida.

Esa estancia había sido tan corta, que no pudo ir con sus amigos de la infancia de excursión.

Si bien, si habían venido ellos a saludarlo a la casa familiar y el mismo Fritz había ido al pueblo a comprar un cencerro para el nuevo novillo que había nacido, justamente el día que había llegado de vuelta y había aprovechado para dar la nueva de su llegada y acudir a la plaza donde solían estar habitualmente.

Había sido corta en el tiempo, pero intensa y con tanta solidez de amor, que se había convertido en la mejor visita desde que partió de su humilde casa natal, la primera vez.

La despedida resultaba más dura que ninguna antes.

También en esta ocasión, las lágrimas del muchacho montañés se salieron de sus ojos, al ver prorrumpir a su cariñosa madre.

Como no había sucedido antes, el padre acompañó en el lloro familiar y se unieron en un abrazo improvisado. Mientras desde el establo, el muchacho que ayudaba en las faenas de la ganadería, observaba con cierta tristeza la imagen de la que parecía ser la despedida para siempre.

Puesto en camino, con la zamarra de siempre y el zurrón colgando, comenzó a dar pasos atrás sobre el camino, que esta vez le separaba de sus seres queridos.

Con tristeza caminaba y se daba la vuelta para saludar con los brazos, interpretando un “hasta siempre”.

Una dos y hasta tres veces pudo girarse y seguir viendo a sus padres que juntos con los brazos entrelazados, permanecían fieles y queriendo aprovechar el último momento de ver su silueta, allí permanecían estáticos.

Porque cualquier cosa era mejor que nada.

La curva de ese sinuoso sendero impidió que se vieran nunca más.

Como de costumbre, el tren partió diez minutos tarde. Era el mismo tren que siempre había conocido.

Era de la época del nacionalsocialista austriaco, ese que también elegía que personas estorbaban o no en la vida terrestre.

Muchos le siguieron y le votaron incluso.

Hasta que después de esos atroces infiernos, la gente empezó a ser consciente de que ese hombre, a pesar de que era la ley, era y ejecutaba el mal.

El viaje sería con transbordos diferentes, pues el destino sería Hannover.

Desde Hamburgo el tren era moderno y confortable.

La ventana permitía mirar los invernales paisajes que se mostraban al pasar. La nieve estaba presente en las cúspides de las montañas.

Eran estos bellos paisajes de canales, árboles caducos y algún pueblo solitario que mostraba su característico campanario, los que permitían meditar y pensar serenamente sobre su pasado.

Curiosamente no pensaba en su futuro, tampoco en su inminente viaje con Astrid.

A su mente le venían las alegrías y las cosas vividas hasta ese momento.

Eran experiencias entre melancolía y amargura.

Añoranza por no haber disfrutado más. De no haber ayudado a quienes se lo pidieron un poco más.

De sentir ese cariño a familiares, amigos, cercanos y hasta de gente que ni había pensado nunca en lo que las apreciaba.

Algo muy interior estaba pasando al muchacho montañés.

Estaba henchido de necesidad de sentir amar y ser amado.

De transmitir a sus seres más cercanos, por más que fuera ese mismo que acababa de pasar por el pasillo del tren, que la vida es hermosa.

De pronto vio un reflejo en el grisáceo cielo. Las nubes bajas que no se cerraban demasiado, permitía ver diversos claros entre los distintos grupos de ellas.

Era en el más amplio, donde observó una figura grande y luminosa, sin certeza de una forma definida y como algo esporádico.

Podía tratarse de la pura imaginación, simplemente de un reflejo de la misma ventana del ferrocarril o también de un efecto natural.

Sin embargo, el destino quiso que lo viera y se fijara en ello.

La atmósfera navideña que Fritz la sentía más que nunca, le hacía tener la corazonada que esa figura compuesta de efectos de luz era una premonición de algo muy importante en su vida.

No intuía si para bueno o para malo sería, pero cada vez estaba más tranquilo y sosegado.

Sus preocupaciones seguían estando ahí y las inquietudes para salvar la vida de su hijo, que estaba en el vientre de su madre no había cambiado un ápice.

Quiso imaginar como se podría sentir un bebe que está dentro de su propia progenitora. Sería lógico pensar que se encuentra seguro, protegido y confiado.

Se sabe que los niños notan y les afecta incluso las emociones de sus madres, cuando aún no les ha separado el cordón umbilical.

Lo que no se sabe, pero si puede intuirse es el sentimiento de ese minúsculo e indefenso ser humano, que percibe un rechazo de la misma madre que lo está alimentando biológicamente, mientras maquina deshacerse de ese bulto.

Con mucha precisión de acierto, podría pensarse que ese niño se siente secuestrado y que no será liberado con ningún rescate, pues su propio secuestrador encargará a los verdugos que ejecuten ese premeditado asesinato.

Fritz había leído en panfletos a favor y en contra de la eliminación de bebes, los procedimientos usados.

En algunos casos metían una especie de trituradora que eliminaba, lo que para algunos es simple materia orgánica y para los que quieren ver, es la destrucción de una vida gestada lentamente y que con una perfección sublime va formando los miembros que dan completa forma al ser humano.

Las ecografías ya estaban siendo utilizadas para los padres que quisieran ver a su bebe, sin embargo para los que se ampararan en esa ley mortífera tenían prohibido el ver a su hijo antes del proceso letal.

El joven montañés había llegado a Hannover y dado lo tarde que era, se fue directamente al albergue, donde llamaría a Astrid para quedar al día siguiente para el viaje proyectado.

Al día siguiente sin madrugar demasiado, pues Astrid había vuelto a sus costumbres de antaño, le esperaba Fritz en la pradera donde solían quedar.

Desde el banco de piedra caliza blanca, donde permanecía sentado el madrugador muchacho desde hacía dos horas, ve dar vueltas a la rotonda de entrada al camino del río colindante un coche bastante llamativo de color verde manzana clara.

Sospechaba que de Astrid se trataba, pues se lo había comentado.

Procedió a levantarse y sigilosamente fue a su encuentro.

Una vez, en el aparcamiento, se acercó por detrás y la sorprendió haciendo lo que sería su última broma. Balanceaba desde atrás el vehículo y la muchacha no sabía lo que sucedía.

De repente el fogoso compañero se abalanza sobre el vidrio de la ventanilla de la asustada joven madre.

Con un beso en la boca de escasos instantes, desde la ventanilla, bordea a ritmo acelerado el frente del vehículo y se sube al asiento del copiloto.

Emprenden la ruta que los llevará a donde ni ellos mismos saben, pero con la alegría que hacía tiempo no tenían, de disponer el tiempo para ellos dos solos y estar una vez mas juntos.

Sin controles y restricciones. Sin excusas ni engaños para poder hacer lo que antes del nacimiento de su bebe tenían. Un niño que había nacido y que lejos de asumir esa realidad, pretendían hacerla como si nunca hubiera llegado.

Aprovechando que esa vida, todavía no había visto la luz del planeta que compartían. Aprovechando también que la ley alemana no solamente permitía sino que promovía y facilitaba la eliminación que para esas madres supone generar vida.

Con el miedo de que fuera la última vez que estuvieran juntos, han recorrido los primeros kilómetros de su viaje.

Quieren parar en un buen hotel para dormir, pero antes quieren hacer los kilómetros necesarios para salir de esa comarca.

Cuanto más lejos estén de los dominios de su padre, más segura se sentirá para tomar sus propias decisiones.

No tienen prisa, pero por dos veces Astrid se niega a parar a ver unos hermosos campos de heno verde con sus equinos pastando y un arroyo que a ambos lados del mismo, sus álamos marcaban líneas de luz al pasar cerca de ellos y tener el Sol cayendo al oeste de ellos.

Solamente la escasez del combustible del vehículo, lleva a la decidida muchacha a parar en una estación de servicio y repostar.

Ahí, además de llenar el tanque del coche y una vez estacionado el mismo en su lindero aparcamiento, acercarse a la parrilla y poder pegar tajada a esa sabrosa carne.

Con los estómagos al mismo nivel que el depósito del vehículo, emprenden nuevamente la huida de Hannover.

En el fondo del corazón de ambos sabían que no era un viaje normal y que de una fuga se trataba.

Una marcha hasta el lugar donde ni ellos mismos sabían, pero decididos a ir allende el destino los llevase.

En la parrilla habían notado una amabilidad diferente de sus compatriotas y lo estaban comentando en el coche.

Era la atmósfera de la Navidad le decía Fritz.

Su emparejada le insistía que ella no creía en Dios. Le decía que él ya lo sabía, que por qué seguía hablando como si ella creyese.

Para Astrid la Navidad no significaba nada espiritual, tan solo eran fiestas para reunirse con sus amigas y familiares.

Este año iba a ser diferente.

Le confiesa que ese viaje a sido aceptado por sus padres, porque así no la verán ningún miembro de la familia ni

conocidos, embarazada, ya que se notaba visiblemente su abultada panza.

A Fritz no le importa el motivo real del viaje, lo que agradece es que se realice y puedan estar juntos de nuevo.

Le cuenta la visión que había visto en el tren, que era como una luz que le daba paz.

El muchacho montañés continua contando las cosas buenas de la Navidad, al comprobar que a su chica le gusta oírlas.

Ella reconoce que algo sí hay en la Navidad, porque suceden cosas muy extrañas y buenas.

Ahora es ella la que empieza una conversación repleta de anécdotas referentes a las navidades pasadas.

Su rostro había cambiado, estaba alegre y los dos se cogieron de la mano.

Por un instante el joven padre comenzó a rezar en voz baja y pedía que se salvara lo que llevaba dentro su amada, que fuese lo que fuera se salvara esa vida que latía dentro del vientre de esa joven madre.

El silencio que había provocado, la terminación de la cinta de música que sonaba en el habitáculo, creó un ambiente único de inspiración y cercanía de Fritz hacia Jesucristo.

Sintió una paz muy grande y la seguridad de que la vida continuaría.

Ese silencio también había adormecido a Astrid, quien como novata al volante, se sentía cansada.

Viajaban por una carretera local, para detenerse en el primer hotel que encontraran, acorde al gusto de la piloto.

La luz de los faros de los vehículos que venían de frente agotaban aún más la vista de Astrid.

Fritz se había quedado dormido, después de la larga oración, que le reportó una paz interna nunca antes experimentada.

Astrid, que para ella no era tarde, pues solía trasnochar se empeñaba en hacer unos kilómetros más.

De repente, un volantazo, despierta súbitamente a Fritz y no le da tiempo a reaccionar ni a decir nada.

Un camión de gran tonelaje con el correspondiente remolque de veintitrés toneladas, queda por encima del pequeño vehículo.

El conductor del inmenso vehículo, que sale ileso, se aproxima debajo de la cabina de su propio camión.

El conductor profesional se dirige hacia ellos en francés, pues desconoce el alemán.

En breve un tumulto de gente alrededor intenta ayudar como puede.

Después de un inquietante tiempo de espera, llegan los bomberos y dos ambulancias.

Antes de que la policía hiciese acto de presencia y desalojara a la gente que allí reunida, se lamentaba del triste suceso e intentaba prestar su pequeña ayuda del modo que fuere, la efectividad de algunos estaban ya demostrándose.

Los prácticos bomberos han logrado, como si de una lata de sardinas se tratara, abrir las partes más cómodas para sacar los cuerpos de los heridos.

Las oportunas ambulancias, que habían sido llamadas por un vecino que había oído el siniestro, se alejan a gran velocidad con dirección al hospital más cercano.